

El que, yendo de México, creyese encontrar algo semejante á la laguna de Texcoco, se engañaría completamente. Aquella preciosa extension de agua cubre muchas leguas. En ella paséanse pailebots y aún vapores. Los muelles extienden hácia las aguas sus postes de madera. Un jardín, que forma el encanto de los niños de la ciudad, adorna una parte de la orilla; y en la otra se elevan restaurants de madera y audaces miradores que pretenden dominar aquel horizonte.

Aquellos son sitios propios para la meditacion. En esas ondas tranquilas, en esos botes que se descubren, ¡bello seria pasearse al lado de una mujer amada! Mas el que ha nacido con mala estrella, cuando se mece entre las aguas, tiene que hacerlo solo, y frecuentemente con los vientos agitados del mar bravío!

Esta palabra *solo* es terrible. En vano quiere uno entregarse al excepticismo; en vano se busca entre las impresiones de los viajes algo que calme la fiebre del alma. No se encuentra consuelo; y semejante al que está herido de muerte, cuando se llega á creer sano un momento, es para sentir más punzantes los dardos de la enfermedad!

Pero el matrimonio ¿no es tambien un problema de difícil solucion? ¿Las antorchas del himeneo no apagan pronto los fuegos del amor? ¿Es acaso fácil la comunidad de sentimientos y de ideas? El lazo de flores puede perder todo su encanto al convertirse en una cadena.

Por donde quiera hondos abismos. ¡Maldicion! exclamaba Lord Byron, no se puede vivir con las mujeres y tampoco se puede vivir sin ellas. Esta es la realidad.

Pero cuando ménos al observar los espectáculos de la naturaleza, su presencia es preferible. Ellas los animan; y llego á creer que el Paraíso era bien monótono ántes de que apareciese Eva.

CAPITULO XX.

LA IGUALDAD Y LA LIBERTAD EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

La igualdad es una planta difícil de aclimatar en el mundo. No se ha encontrado todavía invernadero donde ella subsista. Los sacerdotes orientales la extirparon con el establecimiento de la casta. Los griegos y romanos admitieron en su oposicion la esclavitud. El mundo germánico trajo el feudalismo; y aun despues de los progresos de la civilizacion y de las avanzadas ideas del siglo XVIII, los títulos de nobleza existen en casi toda Europa, y la diferencia de fortunas ha levantado en todas partes barreras mayores que las del nacimiento.

Inútilmente se han hecho esfuerzos para minorar la desigualdad y se ha venido suavizándola, convirtiéndola de casta en esclavitud, de esclavitud en feudalismo. Inútilmente los grandes pensadores han clamado de continuo contra las injusticias sociales. La perfeccion es difícil obtenerla, y se pasarán muchos siglos ántes que se resuelva un problema que parece ser de complicada solucion.

No son los títulos de nobleza los que tardarán en desaparecer. Si el Lord Largas Orejas, como decia Tackeray, es un asno; si siéndolo debe ir de embajador á

Constantinopla; si su hijo mayor está seguro de un lugar en el Parlamento; si sus hijos más jóvenes se dignarán consentir en ser nombrados capitanes ó tenientes coroneles; los demás, que valen tanto como Largas Orejas y que pueden razonar mejor que él, no querrán tenerlo por amo, ni consentirán más tiempo en acepillarle las botas.

El principal obstáculo consiste en la desigualdad producida por las riquezas. Esta diferencia es una consecuencia necesaria del principio de propiedad, y este principio es indispensable para la subsistencia de las sociedades; es el elemento vital que las constituye. El nivel completo es imposible. Mas ¿no se pueden dulcificar los efectos de esta desigualdad necesaria? ¿no se puede, conservando ileso el principio, encontrar un medio de hacer ménos sensible esa diferencia que necesariamente tiene que existir entre los favorecidos por la fortuna y los que han sido abandonados por esta diosa inconstante?

Los Estados-Unidos es el país del mundo que ha dado más pasos en esta senda llena de tropiezos.

La igualdad ha llegado allí favorecida por la historia y por el carácter especial de aquel pueblo. Los puritanos, arrojados de Inglaterra, no se encontraron, como los españoles en las otras partes de América, una raza conquistada de la que poder servirse. Tuvieron que labrar ellos mismos sus tierras, que no tomar posesion sino de lo que podian cultivar, que entregarse á constantes fatigas para su subsistencia. Entre estos colonos no era posible que tomasen incremento ideas aristócraticas y to-

dos ellos se hallaron iguales en derechos como lo eran tambien en el trabajo.

Sin duda las colonias del Sur, las dos Carolinas, Georgia y Virginia, no se desarrollaron bajo circunstancias tan favorables. Pero vino la separacion de la madre patria y con ella la adquisicion de extensos territorios que á nadie pertenecian y que el Gobierno fué enajenando por pequeñas fracciones. La propiedad territorial se encontró así dividida, y el nivel arrojado entre la clase más numerosa de pobladores.

La guerra de 65 añadió nuevos elementos á la igualdad. La industria, el comercio y la minería, en su rápido incremento, han creado en verdad cuantiosísimas riquezas. Pero la laboriosidad, comun á todos, ha atenuado las consecuencias de la acumulacion, y el equilibrio imposible ha sido compensado por el carácter que el desarrollo histórico, anteriormente indicado, ha desenvuelto en las clases.

El rico, en efecto, en los Estados-Unidos, no es ese sér inútil de quien habla Carlyle, que profesa como principales artículos de fé que los pantalones deben estar ajustados á las caderas y que es permitido á la humanidad, bajo ciertas restricciones, usar chalecos blancos. No es ese monje del monte Athos que á fuerza de observar con toda su atencion su ombligo acaba por descubrir ahí el verdadero apocalipsis de la naturaleza y el cielo revelado. El rico es una persona que va todos los dias á trabajar á su despacho; á quien los negocios lo hacen mezclarse continuamente con hombres de todas condiciones y necesitar más ó ménos de ellos; á quien las ocupa-

ciones no dejan tiempo para hacer gran ostentacion de sus riquezas; y que por lo mismo no puede afectar separatismo, ni distinguirse por traje propio, ni dedicarse al culto de sí mismo, ni constituirse, en fin, en un sér aparte, provocando poco las simpatías por el orgullo y por la jactancia.

Mas si alguno no reuniese estas condiciones, se encontraría en los Estados-Unidos con circunstancias poco favorables. ¿Llegaba á creerse un sér superior? nadie le haría caso; ¿trataba de dominar? no lo dejarían; ¿empleaba el tiempo únicamente en pasearse por las calles, luciendo sus vestidos ó exhibiendo sus carruajes? la sociedad lo desecharía como un ocioso. No hay en aquel país la corrupcion que en los pequeños produce generalmente el contacto con los poderosos. No se encuentran fácilmente individuos arreglados al tipo del mayor Pennennis. No se hace consistir la felicidad en saludar á un potentado; ni se tiene necesidad de ser tratado con esa condescendencia humillante con que los grandes abrumán á sus inferiores. El trabajo es demasiado activo para atender á tales frivolidades.

De aquí proviene que en todos los lugares, en los hoteles, en los restaurants, en los teatros, se note en los Estados-Unidos cierta igualdad imposible de hallar en otra nacion. Puede uno estar junto á un millonario sin sospecharlo; y aprovechándose las riquezas para todas las comodidades de la vida, pocas veces se hace de ellas un instrumento de vanidad.

En cuanto á la libertad, baste recordar que los primeros colonos llevaron á América las libertades británicas;

y que desde entónces han florecido echando raíces profundas.

Ariosto simboliza la libertad en una hada que por una ley misteriosa de la naturaleza está condenada á aparecer en ciertas ocasiones bajo la forma de una serpiente venenosa. Muchos engañados por este disfraz, dice el poeta, llenos de disgusto, tratan de aplastarla. Pocos son los que se apiadan de ella y la protegen á pesar de su aspecto repelente. A estos últimos, más felices, se les aparece despues bajo la forma bella y celeste que le es propia, acompañando sus pasos de venturas y de riquezas.

El escritor italiano no sospechaba que habría un pueblo al que la diosa se presentaría sin metamórfosis alguna.

No hay necesidad de entrar en el exámen complicado de la organizacion pública para comprender la libertad existente en los Estados-Unidos. Basta fijarse en los primeros hechos que ocurran en la calle.

Se oye una música: se ven soldados con trajes pintorescos. ¿Es acaso una parte del ejército? No. Son los italianos que se han organizado en una compañía armada y que salen á lucir armas y vestidos. Lo mismo hacen los españoles, franceses, alemanes y podrian hacerlo los demas extranjeros.

Una cuarentena de individuos, con uniforme negro y vivos encarnados, marcha tambien por las calles con una banda de música á la cabeza. Es la sociedad Odd-Fellows, que celebra el aniversario de su fundacion.

Por cualquier motivo se improvisan manifestaciones

ruidosas, sin que estén sujetas á restriccion de ningun género.

El militarismo jamas ha podido entronizarse en los Estados-Unidos. Washington tuvo en su mano todos los elementos para una dictadura vitalicia: mas prefirió la felicidad de su país, y al retirarse por primera vez á la vida privada, escribia á los gobernadores de los Estados: "La libertad es el cimiento de nuestro edificio: cualquiera que ose profanarla debe ser considerado como traidor y castigado severamente por el pueblo ultrajado."

Las libertades de conciencia y cultos, de la palabra, de la prensa, de reunion y peticion, y en su n. u. todas las garantías individuales, han sido siempre una verdad en el país vecino. Finalmente, para exponer bien hasta dónde llega este espíritu de libertad, citaremos el caso ocurrido con motivo del veto impuesto al *bill* que prohibió la admision de chinos. El Presidente Arthur fué ahorcado en efigie en varias poblaciones, sin que nadie se opusiese á esta manifestacion.

CAPITULO XXI.

EN LA CATEDRAL.

No se tienen generalmente grandes deseos de visitar iglesias. Se recuerdan los dias de infancia en los que, en las mañanas de verano, cuando las flores, los árboles y los pájaros hubieran de buena gana ocupado el pensa-

miento, era uno llevado al templo por una mano femenina y allí cocido, como una patata, en la no ventilada atmósfera de un edificio que el sol bañaba con sus más brillantes rayos y que la multitud ocupaba tan por completo que apenas quedaba para cada concurrente el reducido espacio de un pié cuadrado. Recuerda uno la misa cantada oida en aquella incómoda prensa y el sermón en el que no era posible quedar con los ojos abiertos. Aún se tiene en la imaginacion la cara redonda del predicador; su manga, que parecia un telescopio dirigido hácia el público; su voz arrulladora, cual el zumbido de un trompo que poco á poco iba cayendo en tierra, hasta que se apercibia que el que estaba próximo á caer era uno mismo, si continuaba dormitando. Todo esto y mucho más viene á la memoria. Dejemos la oracion para cuando verdaderamente se tenga el espíritu dispuesto.

Pero ¿nos irémos de Nueva-Orleans sin conocer las iglesias? ¿no asistirémos á esas prácticas devotas que forman una buena parte de la vida de un pueblo? Los viajeros deben proponerse observar lo más que puedan. Hay que concurrir á los templos.

Tales fueron los propósitos que Rodriguez y yo hicimos. Pero la dificultad consistia en la eleccion. Se encuentran iglesias católicas, episcopales, congregacionistas, presbiterianas, anabaptistas y hasta sinagogas. Hagamos á un lado á estas últimas: ya pensarémos más tarde seriamente si nos circuncidamos ó no. Por ahora dirijámonos á cualquier templo cristiano. Que el acaso nos guíe.

Eran las diez de la mañana. Distinguimos, al salir de

nuestra habitacion, á una señora con un traje color de yerbas y un gran libro de oraciones en la mano. Es acaso una viuda á quien el luto empieza á ser molesto. Sigámosla; entre otras razones, porque ha de ser difícil perderla de vista.

Ella nos conduce á los hermosos jardines de la Plaza Jackson. Aquellas avenidas culebrean entre prados sembrados de césped, naranjos con frutos de oro, magnolias elegantes que se levantan ufanas, y plátanos con anchas hojas propias para parasoles. Al frente se distingue la catedral católica, la iglesia de San Luis por otro nombre, con su vasto cuerpo de piedra, en el que se reconoce la construccion española, y campanarios puntiagudos que se elevan en el aire. Dos edificios adyacentes á sus costados parece que estuvieron en un tiempo destinados á los sacerdotes que la servian. La estatua del general Jackson, libertador de Nueva-Orleans en 1815, representando á este con el caballo encabritado y el sombrero en la mano cual si saludase á la catedral, se admira en medio de los jardines colocada sobre un pedestal de granito y protegida por una verja de hierro. Pero la señora del vestido verde ha entrado ya á la iglesia y es tiempo de cesar en nuestras observaciones.

El interior del templo se halla bajo una luz suave que dejan pasar los vidrios de colores. Un sacerdote con túnica morada lee la epístola en el altar mayor, mientras que otro se prepara á subir al púlpito. Diversas columnas sostienen una galería sobre la cual, lo mismo que en los asientos de abajo, se admiran esas mujeres hermosas que tanto abundan en Nueva-Orleans. La vista

se fija en un fresco colocado sobre el altar mayor que representa á San Luis aconsejando á los primeros cruzados. Además del altar principal hay otros dos. El piso es de madera y mármol. Abrimos la puerta de un banco de familia y nos instalamos en él cómodamente. Si hubiéramos sido capaces de ocupar tres más que están á nuestra espalda, lo podríamos haber hecho. El sermón en frances comienza y con él tambien la divagacion de mi espíritu.

Tengo enfrente una tumba. ¿De quién es? Puedo al fin leer: D. Andrés Almonester y Rojas.—¿Pero quién fué ese caballero que yace ahí tan bien acomodado?—Coronel de las tropas provinciales españolas.—No es bastante.—Fundador de esta iglesia.—Ahora sí comprendo el motivo. La catedral, destruida por un incendio, fué reedificada merced á la piadosa liberalidad de este individuo. Han hecho bien en enterrarlo suntuosamente. Ya por este sepulcro recordaré la iglesia; como me acuerdo de la catedral de Sevilla por la tumba de San Fernando, y del templo principal de Tours por la de San Martin.

Mas percibo que un poco de polvo se me ha introducido. Toso. Rodriguez tose y estornuda. ¿Si será el polvo de las tumbas? Si aquellos buenos ciudadanos que allí duermen se habrán propuesto distraernos de nuestras meditaciones piadosas, convirtiéndose en rapé que no es de nuestro gusto? En aquellos momentos suena el órgano. Sin duda que tambien tiene polvo en sus fuelles, á juzgar por su voz fuera de tono. No hay remedio; los muertos han invadido la iglesia y se encuentran

sobre los bancos, las paredes y el piso, convertidos en átomos impalpables.

Pero he olvidado que el sermón ha concluido y que se está entonando el credo. Hago entónces esfuerzos para volver mi atención hácia la ceremonia. Creía ya haberlo conseguido cuando, al volver la cara, encuentro á la dama que había sido nuestra estrella conductora. Su libro de oraciones, de pasta nacarada, tiene dos grandes iniciales: J. C. ¿Cómo se llamará esta señora? ¿Tendrá por nombre Juana? ¿Le regalaría ese libro su difunto esposo? Estas y otras cuestiones que nada me interesan, ocupan mis pensamientos de tal modo, que no he observado que el sacerdote va á dar la bendición. Recibimos esa señal que nos despide, de donde la misa ha tomado su nombre latino. Rodríguez se apresura á tomar la puerta; yo lo sigo; y el órgano expresa su alegría, tal cual puede hacerlo en su reumático estado.

No había que pensar en concurrir á otras iglesias. Nuestras plegarias estaban léjos de ser granos puros de sal, como dice Sainte-Beuve. Preferible era comprar una guía de forasteros y conocer por ella lo notable que contenían los templos de la ciudad.

CAPITULO XXII.

EL REY.

Cañonazos, músicas en las calles, soldados que forman valla, muchedumbre que se agolpa, animación extraordinaria..... ¿pero qué pasa? ¿por qué tanto alboroto? Es que ha llegado el rey y que todos se aprestan á recibirlo.

¡Pero rey en una ciudad americana! ¡descendientes de Washington que lo admitan con júbilo! Recordemos que estamos en lúnes de Carnaval y preparémonos á nuevas sorpresas.

No es solamente un rey el que se presenta; es el pasado todo que resucita ante nuestros ojos. El rey es Su Majestad Enrique III, monarca francés en los buenos años de 1574 á 1588. Los soldados que le preceden, si se pudieran eliminar las banderas alemana y de las estrellas, podrían pasar por las guardias francesas y por los suizos. ¿Y esos de sombrero de tres picos con vestidos amarillos y azules que vienen cerca de Su Majestad? Son tal vez los que forman la gran guardia de los *Cuarenta y cinco*; aquellos que hicieron á su soberano el inmenso servicio de librarlo del Duque de Guisa. El servicio costó la vida á Enrique, extinguiéndose con él la raza de los Valois; pero en cambio pudo creerse rey de Francia por un momento, y tuvo la satisfacción de tocar con el tacon de su bota sobre la cabeza de su primo muerto!